

DIETARIO PERSONAL

UN MINISTRO EN NUEVA YORK

VIERNES, 30 DE SEPTIEMBRE. Cualquiera otro día hubiera sido bueno para dar vueltas de humor a las noticias que vienen de Nueva York. Por supuesto cualquier lugar o fecha que cuente con la presencia del excelentísimo señor ministro de Asuntos Exteriores, don Marcelino Oreja, es propicio al sano regocijo. El ilustre hombre público, lo más parecido al hombre invisible dentro de su especialidad diplomática, se hace notar sin embargo por la siniestra oportunidad de sus dichos magnificados por los medios de comunicación social. Chiquito pero resonante, debe tener mejores agarraderas que su antiguo colega Camuñas para permanecer en un puesto que evidencia que el difunto era mayor. Camuñas, al menos, ha demostrado cierta personalidad propia, por enrabietada que nos pueda parecer a los observadores. Don Marcelino no dimitiría ni ante la ocupación de San Roque por un par de loqueros británicos. Desde la cumbre de la "Carrière" nos contempla a los indígenas como las pirámides a la tropa de Napoleón. Es el heredero más acreditado de aquel diplomático que representó a la España del "Deseado" en el Congreso de Viena. Oportunidad política magistral porque cada vez se parece



más esta España a la de don Fernando VII. Hemos salido, según Oreja, del tenebroso aislamiento" para entrar, según a mí me parece, en

el de las amistades peligrosas e influentes. Pero, claro, y en esto tiene razón el infatigable viajero y orador, España "ha dejado de ser diferente para convertirse en un igual".

¿Igual de quién?

El camarada Consejero Nacional Marcelino Oreja desplegó en la ONU el abanico de nuestra política exterior, quizás porque idiomas aparte, el lenguaje que mejor le va es el de este artefacto refrescante, que nadie entiende ya, salvo cuando lleva banderas blancas en su paisaje. Menudo, satisfecho, sonriente, con su aire de Metternich engolado y valleinclánesco, guapo, católico —del "Ya"— y antisentimental, debo reconocer que nuestro ministro de Asuntos Exteriores es el más idóneo para representar a eso que se llama el país.

Pero ante la desolación nacional la pluma más frívola se resiste a la ironía. Está claro que "el error Berenguer" —tres palabras que fueron el título de un resonante artículo de don José Ortega y Gasset— ha sido ampliamente superado. Aquella pieza magistral acababa con estas precisas palabras. "¡Españoles, vuestro Estado no existe! ¡Reconstruidlo!.

Rafael GARCIA SERRANO